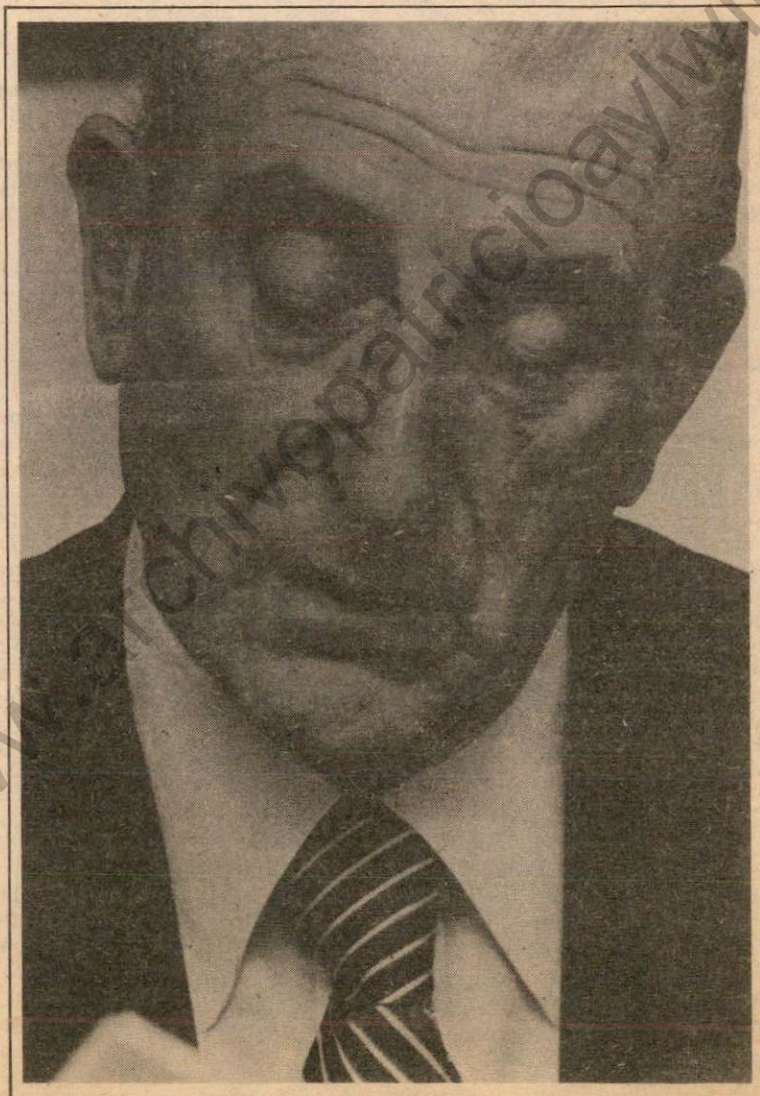


287

FREI

LA VIDA DE UN DEMOCRATA



En defensa del cardenal Silva

En 1981, cuando el cardenal Raúl Silva era atacado, su amigo Eduardo Frei escribió en HOY el siguiente artículo.

El Papa Juan Pablo II en un reciente documento nos señala una máxima que vale la pena recordar en estos días en que el cardenal Raúl Silva Henríquez ha sido vilipendiado por un matutino santiaguino. Nos dice el Papa: "En medio de tal confusión de espíritus, construir la Paz con las obras de la paz es difícil y exige la restauración de la verdad. Restaurar la verdad es ante todo llamar por su nombre los actos de violencia bajo todas sus formas. Hay que llamar al homicidio por su nombre: el homicidio es un homicidio y las motivaciones políticas e ideológicas, lejos de cambiar su naturaleza, pierden por el contrario su dignidad propia... Hay que llamar por su nombre a la tortura, y con los términos apropiados a todas las formas de opresión y explotación del hombre por el hombre, del hombre por el Estado, y de un pueblo por otro pueblo". (Mensaje 1980).

Además, agrega algo que es adecuado señalar aquí: "Uno de los engaños de la violencia consiste en tratar —para justificación propia— de desacreditar sistemática y radicalmente al adversario, sus actuaciones y las estructuras socioideológicas en las que se mueve y piensa".

Defender la verdad ha sido lo que ha hecho el cardenal Raúl Silva Henríquez. Esta es una tradición en la Iglesia, ya los profetas del Antiguo Testamento dieron fe en su tiempo de esta vocación de decir la verdad y de defender los justos derechos de sus pueblos.

Igual actitud tuvieron los Padres de la Iglesia. Hoy sus palabras sonarían a escándalo, pues llegaron aún más lejos de todo lo que ahora escuchamos.

A los que así hablaron se les ha denigrado, perseguido, encarcelado y muchas veces matado. Por eso San Pablo decía: "¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?"

Esta es la tradición, que continúa Juan Pablo II: llamar las cosas por su nombre.

León XIII, en su primera encíclica social, ya fue de una meridiana claridad: "Tengan presente los ricos y los patronos que oprimir para su lucro a los necesitados y a los desvalidos y buscar sus ganancias en la pobreza ajena, no lo permiten ni las leyes divinas ni las humanas". (*Rerum Novarum* N° 14).

Cuarenta años después, otro Papa, Pío XI, también fue directo y claro.

En un párrafo de la Encíclica *Quadragesimo Anno*, que tituló "A la libre competencia sucedió la dictadura económica" —y que es bien distinto al slogan "la libertad económica traerá la libertad política"—, escribió: "La libre concurrencia se ha destruido a sí misma; la dictadura económica se ha adueñado del mercado libre; por consiguiente, al deseo de lucro ha sucedido la desenfrenada ambición de poderío; la economía toda se ha hecho horrendamente dura, cruel, atroz". (*Quadragesimo Anno* N° 109).

(Sigue en la penúltima pág.)

Utopía y realidad en el Humanismo Cristiano

Presidente del PDC resume obra de Frei y el desafío actual

□ El 22 de octubre de 1987, en la ceremonia en la cual se hizo entrega de la donación de la biblioteca de D. Manuel Blanco a la Fundación Eduardo Frei, Capítulo Regional Valparaíso, el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin, hizo una valoración del significado de ese gesto y, recordando la obra del Presidente Frei, analizó el desafío actual de quienes se inspiran en el Humanismo Cristiano.

El noble gesto que en esta sencilla ceremonia se concreta, es ocasión propicia para formular algunas reflexiones sobre la utopía y la realidad en la teoría y en la experiencia del humanismo cristiano.

Manuel Blanco, hombre de acción a la vez que soñador, fue uno de esos jóvenes que, hace poco más de medio siglo, acometieron la tarea de intentar construir en Chile una nueva sociedad en la que los valores del Evangelio alcanzaran real vigencia. Vivió su vida enamorado de ese ideal que, después de largos años de dura lucha, conquistó el respaldo mayoritario del pueblo chileno para acometer el desafío de la revolución en libertad que encabezó Eduardo Frei.

Las realizaciones y el desenlace de esa experiencia suscitan la interrogante: ¿Es fantasía inalcanzable el ideal de construir en esta tierra una patria de hermanos, libre, justa y solidaria?

• Utopía e ideal histórico

Personalmente pienso que, aunque tiene mucho de utopía, constituye una meta a la que es factible aproximarse y a la cual bien vale la pena consagrar la vida.

Es vocación imperativa para el cris-

tiano procurar la perfección. Ya lo dijo el Maestro: "Sed vosotros perfectos así como 'es perfecto vuestro Padre que está en los cielos'" (Mateo, V. 48). Este anhelo de perfección no sólo se expresa en el ámbito personal, sino que también se proyecta en la sociedad. Cuando Tomás Moro, Campanella, Saint Simon o Fournier imaginan sus utopías, buscan el "máximo absoluto de perfección social y política". Se trata, según palabras de Maritain, de creaciones de la razón, aisladas "de toda existencia fechada y de todo clima histórico particular, modelos ficticios propuestos al espíritu en lugar de la realidad".

Pero al lado de esta clase de utopías de suyo irrealizables, la inteligencia humana es capaz de concebir ideales de perfección social que, aunque parezcan utópicos en determinadas circunstancias históricas, no son absolutamente irrealizables en cuanto varíen esas circunstancias. Es lo que Maritain llama "ideal histórico concreto" y define como "una imagen prospectiva que designa al tipo particular de civilización a que tiende una determinada edad histórica". Es un ideal realizable, difícil pero no imposible de concretarse en los hechos.

Tal es el ideal histórico de “una nueva cristiandad” que el propio Maritain propone y concibe como “un humanismo integral”. Tal es el llamado de Pablo VI a instaurar una “civilización del amor que prevalecerá sobre la fiebre de las luchas sociales implacables y dará al mundo la transfiguración de la humanidad finalmente cristiana”, de la cual nos habló Juan Pablo II a los chilenos en su encuentro en Concepción con el mundo del trabajo.

Cuando, inspirados en los principios y valores del humanismo cristiano, hablamos de reemplazar las estructuras capitalistas o colectivistas del mundo en que vivimos, por otras que den origen a una sociedad personalista y comunitaria, plenamente democrática, en que la práctica de la libertad, la justicia y la fraternidad garanticen el respeto a la dignidad de todas las personas y promuevan el bien común, proponemos un ideal que a muchos puede parecer utópico, pero que corresponde a los anhelos profundos del ser humano.

La mera formulación de ese ideal remeje esos anhelos y los desafía a tratar de convertirlo en realidad. La utopía genera de este modo una energía histórica en las personas y grupos que creen, esperan y confían en ella. El ideal despierta las conciencias, entusiasma los espíritus, especialmente los jóvenes, y los motiva a luchar por alcanzarlo.

• Una Falange idealista

Así ocurrió con la pléyade de jóvenes que, a mediados de la década de los 30, asumieron el desafío de tratar de realizar en nuestra patria los ideales social cristianos.

Inspirados en las Encíclicas Sociales de la Iglesia Católica, motivados por el ideal de una Nueva Cristiandad, se embarcaron en la hermosa aventura de proponer al pueblo de Chile un camino nuevo, más allá de Derechas e Izquierdas, para superar sus problemas y realizar su destino. Demandaban justicia social, eran los abogados de los pobres y postulaban

la redención del proletariado.

Lucharon con medios pobres, pero con la fortaleza que nace de las convicciones profundas. Combatidos ferrozmente desde uno y otro extremo del espectro político, sacaron fuerzas de flaqueza y jamás desmayaron. No los amilanó la incomprensión de la jerarquía de su propia Iglesia, ni las descalificaciones de que fueron víctimas. La dura resistencia que encontraron en el afán de llegar con su mensaje al mundo proletario tampoco los detuvo. Ni se dejaron desalentar por las sucesivas derrotas electorales que en el curso de casi 20 años defraudaron periódicamente sus esperanzas de crecimiento.

A lo largo de esta prolongada lucha, los primeros falangistas y quienes después los seguimos, conquistados por su hermosa utopía, fuimos tomando cada vez más contacto con la realidad de Chile, con los problemas del diario vivir de nuestros compatriotas y aprendimos a valorizar sus modestas aspiraciones concretas. Se nos hizo entonces evidente que para abrir camino a la nueva sociedad a que aspiramos no era sólo necesario proclamar nuestra verdad, demostrar el error de nuestros adversarios y ganar para nuestra causa los corazones y las mentes de la mayoría de los chilenos. Era también indispensable encontrar respuestas adecuadas a esos problemas y aspiraciones y vincular su solución a la tarea de ir construyendo la nueva sociedad.

• Las exigencias de una sociedad humana

Es que la “nueva cristiandad” o la “civilización del amor” a que aspiramos no nos llegarán por obra de un advenimiento milagroso, ni de algún cataclismo, ni de una revolución que, de la noche a la mañana, derrive las estructuras del mundo en que vivimos y levante otras plétóricas de libertad y de justicia.

El ideal de la nueva sociedad a que el humanismo cristiano aspira supone, a lo menos, los siguientes elemen-



Líder de la Falange: Frei en 1943

tos o caracteres:

1º Un régimen político democrático, que asegure la plena vigencia de los derechos humanos, reconozca el pluralismo de la sociedad y consagre el derecho del pueblo a gobernarse por sí mismo mediante, a lo menos, la renovación periódica de sus autoridades políticas por sufragio universal, libre, secreto e informado;

2º Un orden económico al servicio de las necesidades humanas, que promueva la solidaridad, reconozca la primacía del trabajo, estimule y garantice la propiedad sin perder de vista el destino universal de los bienes e impulse el desarrollo;

3º Un orden social fundado en la dignidad de las personas, que busque el bien común mediante la participa-

ción y la fraternidad; y

4º Un espíritu de verdad, de libertad, de justicia y de amor que anime las relaciones sociales.

Cumplir todas estas exigencias, a partir de la realidad que vivimos, parece meta inalcanzable para las limitadas fuerzas de la condición humana. Pero no es tarea imposible si, evaluando objetivamente la situación, los medios con que se cuenta y los obstáculos previsibles, la concebimos como un proceso de superación progresiva que ha de realizarse por etapas.

Por muy justas que sean las impaciencias y rebeldías revolucionarias de quienes claman contra las iniquidades de un orden inhumano, la Historia enseña que los intentos de

cambiarlo todo en corto lapso, de sustituir drástica y rápidamente un orden acusado de caduco por uno nuevo concebido como panacea, lejos de conseguir sus objetivos, suelen originar retrocesos que en vez de mejorar las cosas las empeoran.

Es, pues, indispensable, si se quiere avanzar de veras hacia el ideal de sociedad con que se sueña, aceptar la gradualidad de los procesos históricos y proyectar su realización mediante etapas sucesivas que, cambiando progresivamente las condiciones negativas, vayan acercándonos con la mayor eficacia y celeridad posibles hacia las metas deseadas.

Surge así la necesidad, que es a la vez deber de responsabilidad cívica y de consecuencia con el ideal que se postula, de programar la marcha hacia la utopía en un proyecto político concreto que se proponga hacer un tramo del camino en un determinado tiempo.

• La Revolución en Libertad

No otra cosa fue la Revolución en Libertad que encabezó el Presidente Frei entre 1964 y 1970.

Corresponde principalmente a Eduardo Frei el mérito de haber hecho aterrizar las formulaciones principistas de nuestra inspiración doctrinaria en la realidad concreta del Chile de mediados del siglo XX.

Partiendo de un diagnóstico de esa realidad, que Jorge Ahumada calificó de "crisis integral de Chile" y aprovechando los valiosos estudios de la Cepal sobre los problemas económicos de nuestro continente y las posibles formas de enfrentarlos, se elaboró un programa que, junto con proponer las reformas estructurales necesarias para eliminar las causas principales de esa crisis, se proponía atender en forma prioritaria los más urgentes problemas sociales que sufrían los sectores más postergados de la población.

Se trató, simultáneamente, de incorporar como miembros activos de la comunidad nacional a los sectores marginales —prácticamente un tercio



de la población del país, entre campesinos y pobladores— y de aprovechar al máximo la capacidad productiva de los sectores más dinámicos de nuestra economía; de modificar substancialmente las estructuras agrarias para difundir la propiedad de la tierra, excesivamente concentrada y deficientemente aprovechada, y de aumentar de inmediato la producción de alimentos; de contener la inflación, reducir la desocupación y redistribuir los ingresos en beneficio de los trabajadores asalariados; de recuperar para Chile el dominio y control de sus riquezas básicas, especialmente el cobre, y de conseguir los créditos, inversiones y tecnologías indispensables para aumentar su producción, desarrollar la industria nacional y mejorar de modo substancial la capacidad exportadora del país; de conquistar, en fin, la máxima independencia en el plano internacional y de conservar las buenas relaciones con Estados Unidos y demás países occidentales tradicionalmente amigos de Chile.

Para lograr estos fines, se puso en



Durante su Presidencia: organización popular y reformas

práctica una política coordinada de cambio social con desarrollo económico y perfeccionamiento institucional, dentro de un régimen de libertad, cuyas realizaciones fundamentales fueron:

- La *organización del pueblo*, para promover su participación responsable en la solución de sus problemas y en la vida cívica y económica del país. 430 mil trabajadores urbanos y más de cien mil campesinos sindicalizados, medio millón de mujeres incorporadas en Centros de Madres, tres mil 500 Juntas de Vecinos a lo largo del país, significaron avances efectivos hacia la integración real en la comunidad nacional de los sectores hasta entonces marginados.

- La *reforma educacional* para dar educación básica habilitante para la vida a todos los niños de Chile y abrir las puertas de la educación media, especial y superior a todos los que tuvieran aptitudes. Las matrículas escolares aumentaron en el período 37 por ciento en la enseñanza básica; 117 por ciento en la enseñanza media humanista; 211 por ciento en la técnica

ca y 124 por ciento en la universitaria.

- La *reforma agraria* que incorporó a 30 mil familias campesinas a la propiedad de la tierra, otorgó asistencia técnica y financiera a los pequeños productores rurales, modernizó como nunca hasta entonces la infraestructura agrícola —plantas lecheras, frutícolas, silos, frigoríficos, mataderos, centrales vitivinícolas— y logró aumentar la tasa anual de crecimiento de la producción agropecuaria del país desde el promedio histórico de 1,8 por ciento al 4,92 por ciento. Durante el período, la producción agrícola aumentó sobre el 25 por ciento y la pecuaria, más del 31 por ciento.

- La *“chilenización del cobre”* mediante la cual el Estado chileno pasó a ser dueño de más del 50 por ciento del capital de las empresas de la gran minería del cobre, tomó en sus manos la dirección y el control de su comercialización en el mercado internacional y obtuvo inversiones del orden de los 700 millones de dólares que permitieron al país duplicar su capacidad productora de cobre y casi

triplicar la de refinación del metal.

- El *programa de desarrollo industrial* que se tradujo en la construcción o ampliación de numerosas plantas en rubros básicos como el petróleo, la química, la petroquímica, la siderúrgica, la celulosa, la remolacha, la metal mecánica, la automotriz y la electrónica.

- Los *programas de vivienda y de salud*, que en el curso de seis años que permitieron tener casa a más de 400 mil familias y mejoraron la infraestructura de salud pública con 45 nuevos establecimientos hospitalarios y casi 150 postas rurales.

- La *política de redistribución de ingresos* que permitió aumentar en un 55 por ciento las remuneraciones reales de los trabajadores, cuya participación en el ingreso nacional subió de menos del 48 por ciento en 1964 a más del 53 por ciento en 1970.

- La *creación del Mercado Subregional Andino* que significó un paso efectivo en el proceso de integración económica latinoamericana.

Todo ello, aparte de la enorme labor que se realizó en materia de obras públicas —caminos, embalses, puentes, aeropuertos—, de transportes, —electrificación y riel soldado en ferrocarriles, renovación de flota de LAN, aumento del tonelaje de la flota mercante chilena, comienzo de la construcción del Metro de Santiago—, de comunicaciones —creación de Entel y de Televisión Nacional— y en otros múltiples aspectos, cambió substancialmente la faz de Chile en el curso de seis años.

El proceso de desarrollo económico y de integración social importó un considerable avance de la comunidad nacional hacia mejores niveles de vida, con mayor y más generalizado bienestar, más libertad, más justicia, más solidaridad y más expectativas.

Obvio es que esos avances estaban muy lejos de satisfacer los anhelos del ideal soñado. Pero nadie podría seriamente desconocer lo mucho que en esos años progresó el país y cómo durante ellos la aspiración a una buena vida humana se hizo más accesible

para las grandes mayorías populares.

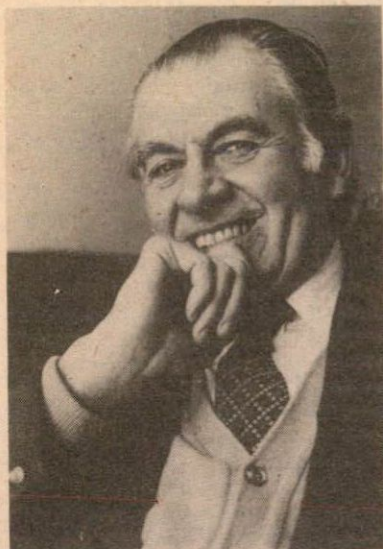
• Dudas e ideologismos

No todos, sin embargo, entendieron esos avances como una etapa hacia la nueva sociedad de inspiración humanista cristiana. Aún entre quienes reconocían lo mucho que se había hecho, no se visualizaba claramente la relación entre el programa que se estaba cumpliendo y las concepciones sobre el modelo de sociedad a que la Democracia Cristiana aspira. ¿Conduciría ese programa a construir una sociedad comunitaria o sólo lograría algún desarrollo nacional hacia una “sociedad de consumo” y al precio de robustecer las estructuras capitalistas? Quienes ansiaban y esperaban transformaciones rápidas y radicales, se sentían desilusionados al ver “mucha libertad y poca revolución”, se acomplejaban de que el gobierno fuera calificado desde la Izquierda de “reformista” o “desarrollista” y adoptaban actitudes de rebeldía en demanda de mayor profundidad y eficacia revolucionaria.

Eran los tiempos en que el mundo occidental vivía una fiebre de ideologismos. Inspirándose en la filosofía de Marcuse e invocando el ejemplo del Che Guevara, el “poder joven” desencadenó por todas partes una ola de rebeldía. Los estudiantes de París demandaban “lo imposible” en nombre del “realismo”.

Frente al proyecto en marcha de avanzar hacia la utopía por un camino programado teniendo en cuenta la realidad, las posibilidades y los medios de que se disponía, la impaciencia revolucionaria expresada en esquemas ideológicos puramente teóricos generó en el propio partido de gobierno otros proyectos de dudosa viabilidad o que eran incompatibles con el programa en ejecución. El ostensible choque entre ambas posiciones confundió a la opinión pública, perjudicó las relaciones entre el Partido y el Gobierno y a ambos los debilitó.

Todos sabemos lo que pasó des-



Patricio Aylwin

pués.

Si en vez de desgastarnos en esa discusión estéril, hubiéramos colaborado todos al cumplimiento del programa de esa etapa y, enseguida, proyectado unidos la siguiente valorizando lo realizado y proponiendo al pueblo de Chile avanzar nuevos pasos para profundizar la Revolución en Libertad, probablemente no tendríamos que lamentar lo que después hemos vivido y, sin saltos ni retrocesos abismales, estaríamos hoy más cerca de la sociedad libre, justa y solidaria a que aspiramos.

• Nuestra realidad actual

Es un hecho penoso pero insoslayable, que Chile ha retrocedido dramáticamente en lo que se refiere a la vigencia de los valores de Humanismo Cristiano en la vida nacional.

Nuestra democracia, tan vituperada hoy, gozaba de prestigio en todo el mundo y era motivo de orgullo para los chilenos. Vivíamos civilizadamente. Podíamos discrepar y confrontar apasionadamente distintos planteamientos y opciones de gobierno, pero nos respetábamos y sentíamos miembros de una misma patria. El

pueblo elegía libre y periódicamente a sus gobernantes y las FF.AA., con el beneplácito de todos, aseguraban que la decisión popular fuera respetada.

Hoy el pueblo chileno, los hombres y mujeres que constituyen la patria, permanece privado del derecho a gobernarse por sí mismo. Es un pueblo en interdicción cívica. Quienes disponen de las armas para defenderlo, se han arrogado el poder de usarlas para dominarlo y privarlo de sus libertades esenciales, permanentemente suspendidas o restringidas por estados de excepción constitucional. Los derechos humanos son constantemente vulnerados. Todo esto se hace para asegurar el orden y la paz; pero lo cierto es que el país vive un clima de violencia, de temor y de inseguridad.

En lo económico, si bien se han logrado en estos años progresos importantes en algunos rubros, lo cierto es que el ingreso por habitante prácticamente es el mismo que en 1970; la capacidad de consumo de los chilenos permanece estacionaria; la desocupación triplica sus promedios históricos y la distribución del ingreso nacional ha acentuado dramáticamente las desigualdades.

En lo social, el país se encuentra profundamente dividido, no sólo por el abismo que separa el mundo acomodado del mundo de las poblaciones populares, sino también por los recelos, temores y odiosidades que la lógica de guerra impuesta por el régimen ha ido generando al dividir a los chilenos en amigos y enemigos.

• El desafío de esta hora

El proceso de creciente integración nacional, de incorporación de cada vez más chilenos a una participación activa en la comunidad nacional, ha sufrido en estos años un muy grave deterioro o retroceso. Como en su reciente libro lo señala Alejandro Foxley, en Chile coexisten varios países —el país financiero, el país rural, el país de los grupos medios, el país de los marginados— y cada vez aumenta la incomunicación entre unos y otros, lo que daña su cohesión

fundamental como nación, el sentimiento patrio de un destino común.

Esta dura realidad nos aboca a los chilenos a un tremendo desafío: ser capaces de unirnos en la tarea común de hacer de Chile la patria de todos los hijos de esta tierra.

Se trata, antes que nada, de dar respuesta positiva, con verdadera buena voluntad, a los llamados a la reconciliación nacional reiteradamente hechos por la jerarquía eclesiástica católica, que Juan Pablo II hizo suyos en su visita a Chile.

Ello importa para todos un imperativo moral insoslayable de proceder como hombres de buena voluntad. Nos exige disponer nuestros espíritus a reconocer la verdad, a actuar con humildad y a ser generosos.

Sólo sobre la base de la verdad objetiva, despejada de las apreciaciones particulares de cada cual, es posible construir un entendimiento pacífico entre los hombres. Cualquier deformación de la verdad genera desconfianzas, y éstas abren el camino al odio y a la violencia.

Sólo reconociendo cada cual sus propios errores y limitaciones, respetando a sus contradictores en su dignidad de personas, renunciando a arrogarse el monopolio del patriotismo o del saber y a imponer a los demás sus particulares puntos de vista, puede lograrse el clima de comprensión recíproca indispensable para alcanzar acuerdos.

Sólo con una gran generosidad y desprendimiento de cualquier clase de ambiciones, personales o de grupo, podremos forjar las bases de una paz verdadera.

Se trata de reconocer al pueblo chileno el derecho, inherente a su soberanía, de decidir por sí mismo su destino, eligiendo a sus gobernantes por sufragio universal, libre, secreto e informado. No basta con la opción de acatar o rechazar la propuesta unilateral que le hagan quienes detentan el poder. El intento de imponer por esa vía la prolongación del actual régimen y el uso abusivo que para ello se está haciendo por el gobierno del mo-

nopolio de la televisión, de la acción de los alcaldes y del erario nacional, constituyen una inmoralidad que privará de toda validez y credibilidad al plebiscito que se proyecta.

Se trata, en fin, de buscar acuerdos, lo más amplios posibles, para encarar eficazmente la tarea de restablecer en Chile la convivencia pacífica, civilizada y democrática y para lograr pronta corrección a las más graves injusticias de que son víctimas los sectores más pobres de nuestra población.

Ojalá todos los chilenos —civiles y uniformados, trabajadores y empresarios, gobiernistas y opositores— pudiéramos concertarnos en un gran acuerdo nacional en torno a las bases o reglas del juego de nuestra convivencia colectiva, en lo institucional, lo económico y lo social.

Y ojalá cuánto antes los sectores definitivamente democráticos podamos concertarnos para proponer al país una alternativa del gobierno, nacional y popular, que en un período más bien breve lleve a efecto la transición pacífica hacia la democracia y enfrente con criterio de justicia y eficiencia los principales problemas del país, especialmente los que afligen a los pobres de Chile que —según palabras del Papa— no pueden esperar.

• Una utopía realizable

¿Es esto una utopía? ¿Algo imposible de alcanzar? Así parece a primera vista.

Pero quien medite honestamente sobre el asunto tendría que concluir que éste es el único camino realista para salvar a Chile de una crisis mucho peor.

Si cada cual se empeña en imponer a toda costa su propio proyecto —sean “las siete proyecciones” del régimen, o los modelos ideales de sociedad que postulan las distintas corrientes ideológicas— es claro que el país se irá sumiendo cada vez en una mayor división y desintegración.

Por muchos que sean los medios e instrumentos de poder con que el régimen cuente para imponer sus “pro-

“

...Y por mucho que sueñen los idealistas, cualquiera sea su inspiración doctrinaria o ideológica, en poner término a la dictadura mediante la movilización del pueblo o una rebelión generalizada, los hechos prueban que esa fórmula no logra el respaldo necesario porque la inmensa mayoría de los chilenos repugna de la violencia y desconfía de una aventura que no sabe a dónde pueda conducirlos

”

yecciones” y por mucha certeza que tengan sus iluminados consejeros en la bondad de sus recetas, los porfiados hechos demuestran que ese camino es resistido por la enorme mayoría del país y que el empeño de imponerlo por la fuerza sólo puede generar mayor violencia, división y destrucción. La historia enseña que tal vez pueda el César, con buena suerte, mantener su poder mientras viva, pero al día siguiente toda su obra se derrumbará. Y si los hados no lo ayudan, su empecinamiento puede empujar al país hacia trágicos desenlaces.

Y por mucho que sueñen los idealistas, cualquiera que sea su inspiración doctrinaria o ideológica, en poner término a la dictadura mediante la movilización del pueblo o una rebelión generalizada, los hechos prueban que esa fórmula no logra el respaldo necesario, porque la inmensa mayoría de los chilenos repugna de

la violencia y desconfía de una aventura que no sabe a dónde pueda conducirlos.

Utópico es, en consecuencia, insistir en esos caminos, condenados ambos al fracaso.

El ideal, en cambio, de reconciliar a los chilenos y tratar de encontrar acuerdos para restablecer la convivencia democrática y para enfrentar, concertados, los más urgentes problemas nacionales sobre la base del examen objetivo de la realidad, con el fin de crear condiciones que abran camino a la libertad y a la justicia en la vida de nuestra patria, aunque aparentemente utópico, constituye una posibilidad difícil, pero no imposible, de encarnarse en la realidad.

Hace poco se ha publicado un libro que todos debiéramos leer. Su autor, Alejandro Foxley, es un estudioso de la realidad nacional, que cree en los principios del Humanismo Cristiano. Su título: *Chile y su futuro, un país posible*, es de por sí decidor. Cualquiera que sea el grado en que se comparta su contenido, proporciona antecedentes indispensables para construir una alternativa para el futuro patrio.

El idealismo invita a las grandes palabras y los gestos heroicos. Pero los cristianos no debemos olvidar que la búsqueda del Reino nos exige consagrar cada día a su propio afán.

Si queremos avanzar hacia nuestra utopía de una nueva cristiandad, o de la civilización del amor, tenemos que empezar por hacer cada día lo posible, con el corazón caliente pero la cabeza fría, con los pies en la tierra y en el cielo el ideal, para ir abriendo en nuestro mundo que vivimos, cada vez mayores espacios de libertad, de justicia, de fraternidad, de paz y de esperanza.

Por este camino, con inteligencia y coraje, paciencia y tenacidad, podremos ir materializando en hechos nuestra opción preferencial por los pobres, transformando la sociedad con el espíritu de los valores de nuestro humanismo y convirtiendo la utopía en realidad.



Días de gloria y popularidad

“Actualmente, el pensamiento social cristiano ha evolucionado profundamente en el mundo. No sostenemos sólo un cambio de salario. Somos una nueva conciencia y una nueva mentalidad. Queremos una reforma sustancial. Quien crea que pretendemos cambios accidentales y algunas conquistas superficiales de detalle no nos ha entendido”.

Eduardo Frei, junio de 1938

EL HOMBRE DE LA PATRIA JOVEN

(Segunda parte del libro de Guillermo Blanco)

Una nueva conciencia

SEGUNDO MOMENTO

El aire está cargado de tensión en la vieja casona de la calle Riquelme. Inevitablemente, el pequeño grupo de muchachos observa (¿vigila?) a los dos adultos que, dentro de unos momentos, se enfrentarán ante ellos, para ellos, por ellos.

Uno es el dirigente conservador Rafael Luis Gumucio. Más bien bajo de estatura, algo grueso, de mirada profunda y cordial (con un toque de malicia afable), cojea al andar, sobre todo si prescinde del bastón. Habla con cierta mezcla de serenidad, solemnidad y parsimonia, con ese tono de eco antiguo que caracteriza a los tribunos.

Su figura goza entre estos jóvenes de un prestigio seductor: desde los primeros días de la dictadura del general Carlos Ibañez, en 1927, él fue uno de los pocos defensores insobornables de la libertad. En sus calidades de parlamentario y de director de *El Diario Ilustrado*, se opuso vigorosamente a las arbitrariedades y las tropelías del régimen autoritario.

Ha pagado un precio alto por eso. Primero, el dictador reaccionó como

suelen reaccionar los autócratas ante los hombres dignos: envió al destierro al adversario. Don Rafael Luis partió con sus ocho hijos, dejando atrás a su mujer, que estaba por ser madre del noveno y que lo siguió después con la criatura hasta Lovaina, donde la familia hubo de alojar en un estrecho departamento y donde la esposa murió, no mucho tiempo más tarde. El regreso a la patria se convertía en una necesidad angustiosa para el viudo, que movió a sus amigos a pedir que se le autorizara.

La dura resistencia del general sólo fue vencida tras largos esfuerzos y con una imposición: Gumucio debería comprometerse, bajo palabra de caballero, a no participar en la vida política del país.

Aunque el compromiso se obtuvo por extorsión, don Rafael Luis lo ha cumplido con lealtad.

Participar en política, sin embargo, no es lo mismo que observarla y conversar sobre ella, en privado. Y eso sí que hace el viejo dirigente. A veces, con grave inquietud. Le preocupa, según anotará luego, que su partido va quedándose sin jóvenes. “Los... que actuaban en la Asamblea de Propaganda eran poquitos”.

comentará. Los universitarios "eran apolíticos", con notorio "distanciamiento" respecto al conservantismo.

Eso no obstante, continuará don Rafael Luis, "se logró reunir un grupo formado, entre otros, por Bernardo Leighton, Manuel Garretón Ignacio Palma, Eduardo Frei y Radomiro Tomic", a quienes él invitó a cenar no hace mucho al caserón de Riquelme, para ponerlos "en contacto con los jefes conservadores don Héctor Rodríguez y don Horacio Walker".

El grupo incluye al mayor de sus hijos, Rafael Agustín que aquí está, aguardando junto a sus amigos el comienzo del duelo verbal. Cual más, cual menos, todos intuyen probablemente que el encuentro de hoy puede revestir para ellos especial importancia. De algún modo, son sus vocaciones personales y su posible acción conjunta lo que acaso esté en juego. Aunque cada uno optará en forma individual por su propio camino, el debate que se disponen a escuchar va a entregarles sin duda elementos de juicio que tal vez lleguen a ser decisivos.

El dueño de casa los ha invitado a sentarse. Se sienta él a su vez, dirigiendo la vista hacia el hombre con el que le corresponderá medirse.

Bajo, lo mismo que don Rafael Luis, el padre Oscar Larson tiene un aspecto que bordea sutilmente lo cómico. Su sotana y su figura un tanto hundida de hombros, lo asemejan al pingüino que dibujará, por caricaturizarlo, más de algún alumno suyo de filosofía o de ética. El rostro hermoso, noble, de rasgos muy resueltos, dispara inteligencia. Un par de cejas negras y gruesas, de aire casi mefistofélico, cobija sus ojos también oscuros, penetrantes, ágiles. Y sobre el conjunto de las pálidas facciones se cierne un aura ineludible de ironía.

Desde 1928, Oscar Larson es asesor de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC). No ha sido un asesor de rutina, que se limitará a sugerir orientaciones pastorales y a enmendar deslices doctrinarios o

teológicos, como es costumbre. Ya desde los comienzos se preocupó de organizar círculos de estudios en los diversos recintos universitarios y ha promovido la lectura y el debate, siempre acuciando a los muchachos a perfeccionarse en el saber. Su lema, entre exigente y un poco altivo: "No hablar de lo que no se conoce".

Un verdadero desafío a la mediocridad de estos años.

Larson se ha ganado un prestigio impotente entre la gente joven. Culto, tenaz, clarísimo expositor de sus ideas, a pesar de esa voz suya medio cascada, chirriante, resulta un polemista de temer. Implacable en su lógica, discute con una especie de impetuoso frío, o de frialdad impetuosa o vehemencia calculadora, que le permite a un tiempo discernir sin titubeos los puntos débiles y golpear sin piedad sobre ellos. Donde pone el ojo pone el sarcasmo.

Algo más que la estatura lo asemeja a don Rafael Luis: tampoco él soporta el régimen autoritario. Y la estela de estupidez ambiente hiere su sensibilidad intelectual. Las arbitrariedades cotidianas sublevaron desde un principio su espontánea racionalidad. Amigo de la Grecia clásica, admirador de la libertad de Sócrates y del soberano discurrir de las mentes dignas, fustigó con toda la fuerza de su sorna la chatura de una prensa censurada o los gestos de opereta de éstos que se denominaban a sí mismos "hombres nuevos" y anunciaban que construirían un Chile también nuevo.

Si alguna debilidad podría enrostrarse en cuanto pastor de almas a Oscar Larson, es su intolerancia mordaz para con la simpleza. Las simplificaciones lo irritan, y las fustiga con alfilerazos de ironía. Pero nunca aceptará reaccionar *políticamente* contra el embrutecimiento que ahoga a la política;

—Basta con no dejarse entontecer— proclama.

A esto ha apuntado en su labor de asesoría de la ANEC. Invita a los universitarios a cultivarse, a aprender,



En 1943: Leighton, Garretón y Frei

para cuando llegue el instante de asumir su misión de sanear la sociedad. Larson es uno de un grupo de sacerdotes como monseñor Rafael Edwards, o los padres Fernando Vives y Jorge Fernández Pradel, dedicados a propagar la doctrina social de la Iglesia contra vientos muy poderosos y mareas muy pesadas. Desde la izquierda los miran o como a rivales o como a hipócritas, si no como a enemigos. Y desde la derecha se les considera subversivos, herejes, aliados conscientes o inconscientes del comunismo.

No será Oscar Larson quien se amilane por eso. A lo sumo le servirá de acicate.

Tampoco estas críticas coartán a sus jóvenes amigos. Encabezados por otro personaje de estatura escueta, el afable Bernardo Leighton, han ido de-

jándose maravillando por la claridad y el desafío de la encíclica *Rerum Novarum*. En ella particularmente perciben la respuesta a los problemas del mundo contemporáneo y muy en especial de Chile.

Larson se apasiona explicando y ellos, oyéndole. Es otra universidad, la verdadera, la que estimula a la inteligencia.

Y sin espías. No hace mucho, a algunos les tocó presenciar una escena embarazosa: Mientras don Alberto Cumming empezaba a dar su curso de Derecho Romano, percibió dentro de la sala a un hombre maduro, desconocido, que se instalaba entre los estudiantes.

— Señor —le dijo—, haga el favor de retirarse porque yo no admito soplones en mi clase.

No era soplón. Era el padre de un

alumno, que había ido allí acogiéndose a la vieja tradición de puertas abiertas de las universidades. Bochorno, excusas. Pero subsiste el hecho que dio origen al error.

Y no es la única intromisión ni el único choque entre la política, la fe, los estudios, la realidad nacional. En los últimos tiempos, parece que a propósito lo político se hace más y más presente. Cuando los jóvenes tratan de ayudar a los cesantes de la dictadura, se encuentran con que no bastan sus esfuerzos. El problema es demasiado grande. Hay miles. Y las autoridades obstaculizan la distribución de ropas y alimentos porque esa caridad desprestigia al régimen, crea desaliento.

Todo eso es, en cierto modo, lo que ha traído aquí a los jóvenes de la ANEC y su asesor. Saben que en el programa del partido de don Rafael Luis se consigna "como suprema aspiración el orden social cristiano". El único grupo político que se declara oficialmente católico, por años ha parecido también ser el único camino político aceptable para los católicos. Su entrada natural en el trabajo por el bien común.

¿No será la vía para convertir en leyes las ideas de la *Rerum Novarum* y lograr justicia para los desposeídos? Así, la política, y la política en el partido conservador, ¿no vendría a ser una concreción de la doctrina social de la Iglesia?

¿Concreción o abstracción?, podría preguntar Oscar Larson.

Discrepa de lo que viene tentando a sus amigos Bernardo, Eduardo, Rafael Agustín, Ignacio, Manuel, Rado-miro. Para él, a estas alturas, la participación activa de esos muchachos en política no sólo equivaldría a contrariar su norma de "no hablar de lo que no se conoce", sino iría más lejos, a actuar en lo que no se conoce, y actuar para aplicar una doctrina que recién se ha comenzado a estudiar muy parcialmente.

—Queda mucho por aprender— sostiene.

Y don Rafael Luis les ha dicho:

— ¡Hay tanto por hacer!

Ahora, ambos personajes se enfrentan sin encontrarse realmente en lo fundamental. El sacerdote quisiera saber cómo, a través de qué medidas específicas, se piensa aplicar las enseñanzas de León XIII a la realidad chilena de hoy. El parlamentario responde que él no sabe gran cosa de encíclicas, pero... Pero sin duda sabrá cuáles son las condiciones de la marina mercante, por ejemplo, sugiere Larson con un dejo de ironía. ¿O quizá prefiera referirse a la situación universitaria?

Don Rafael Luis es hombre culto. Sin embargo, a su mirada de político lo primero que aparece es la crisis moral, social, económica en que la dictadura deja sumido al país. El régimen de Carlos Ibáñez ha lisiado a Chile en múltiples aspectos. Son años de flojera mental, de humillación. Se adquiere el hábito de entregar a otros la misión de administrar el bien común y de pensar en el futuro.

Le inquieta la debilidad que ha presenciado, incluso entre sus correligionarios y amigos. Cedieron tan fácil a la tentación del "orden" y a la aparente prosperidad de los comienzos del autoritarismo. Su descontento posterior, ¿no habrá sido sólo desencanto por el adiós a la ganancia sin esfuerzo?

Sí, hay mucho que hacer para que esa vergüenza no llegue a repetirse, para reencauzar al país definitivamente por el buen camino. El gobierno militar lo ha asemejado en forma peligrosa a las llamadas "repúblicas bananeras" y ha mostrado que la distancia con ellas no es tanta como a la soberbia nacional le gusta imaginar que estamos los chilenos. Hay que fortalecer la ley, las instituciones legítimas, la convivencia entre los ciudadanos.

Oscar Larson insiste en su criterio. Habla de la función social de la propiedad: ¿dónde se la contempla? O del salario justo: ¿cómo se va a normalarlo? O del derecho a la vivienda...

No se encuentran.

—Ya ven —comentará el sacerdote—

te, a la salida— lo bien informados que están los políticos sobre los problemas sociales. ¿Es eso lo que ustedes quieren ser? No. Ustedes deben pasar más tiempo estudiando y preparándose. No hablen de lo que no saben.

Sus ojos penetrantes observan a los jóvenes, uno por uno. ¿Adivinando ya?

Ignacio Palma, el estudiante de ingeniería, buena pluma y palabra un poquito grandilocuente a ratos. Bernardo Leighton, presidente de la ANEC, tan generoso, tan generosamente ingenio y a la vez el más incli-

nado por la opción política, hasta ahora. Manuel Garretón, brillante, perspicaz, fluido, capaz de arrebatar a su auditorio. Radomiro Tomic, original razonador, vehemente, talentoso como no suelen encontrarse muchos fuera de este grupo.

Y Eduardo Frei, aparte. Don Oscar lo distingue como a una especie de Juan suyo. Ha percibido desde un comienzo sus condiciones: habla bien, como Manuel o Radomiro, pero resulta más equilibrado. Se mide mejor. Tiene la intuición política de Bernardo y como la de Bernardo montada en un engaste generoso. Sin

Recuerdo del primer viaje a Europa: con un grupo de chilenos



embargo, da la impresión de reflexionar dos veces antes de decidir. Al sacerdote le atraen su madurez, su penetración profunda, su afán de aprender y superarse.

— A nosotros —dirá un día, aludiendo al celibato eclesiástico— no nos es dado tener hijos. Por eso los buscamos y solemos encontrarlos en los alumnos, en los discípulos.

Así siente a Eduardo Frei, quizá. Y quizá siente que Eduardo Frei lo siente en parte como el padre que perdió no hace mucho.

Don Oscar se despidе, ahora. Parte. Ellos lo observan alejarse con ese paso suyo que está a punto de ser cómico y cuyo bamboleo evoca irreverentemente la silueta de un pingüino. Tal vez ni él ni ellos lo sepan aún, pero el momento es clave, y la resolución empieza a dibujarse en las mentes de los jóvenes.

En cierto modo, el maestro mismo es responsable de esa decisión que pronto vendrá. Oscar Larson ha sido lúcido aún más allá de sus propios deseos. Al perfilar la importancia de los problemas sociales y la urgencia de que los cristianos se esforzaran por resolverlos, ha estado llevando a los miembros de la ANEC hasta el borde del camino que desearía evitarles seguir.

Las enseñanzas de la Iglesia, que les ha hecho entender como desafío a revisar su vida, los han llevado a eso: a revisarla y a pensar en una vía expedita para contribuir a que sean realidad. Y si hombres como don Rafael Luis las desconocen o las conocen sólo desde lejos, ¿no es eso un acicate adicional para entrar en un terreno en el cual se perciben vacíos?

Eduardo Frei lo dirá dentro de poco: "El mundo pasa por una de sus crisis más profundas y en la perspectiva del tiempo será nuestra época uno de esos periodos oscuros, indefinidos, de transición dolorosa. Pero hay algo en lo que todos están de acuerdo: son las generaciones jóvenes las que resolverán el enigma".

Y luego, con mayor nitidez:

"No podemos cerrarnos a defen-

der el orden actual, pues ese orden no es el orden nuestro; es decir, el cristiano. De ahí que trabajaremos por otro. Estamos, pues, en una posición distinta de ese marco en que se quiere dividir a los hombres: derechas e izquierdas. Hay, desgraciadamente, quienes creen que acercarse a las masas y reconocer la justicia en muchos de sus clamores, es hacer el negocio de los enemigos".

La opción política se perfila con caracteres acusados en una charla que Frei dará, como miembro de la ANEC, en la Universidad Católica:

— Hoy asistimos no a una crisis política, sino a una crisis de civilización: es una cultura la que se agota. Lo que está en quiebra es el hombre. El hombre es ante todo un ser moral; hoy pretende ser sólo un ser económico... Formemos, pues, una conciencia moral, demos orden a la inteligen-

El patriarca Rafael Luis Gumucio





Frei recién titulado de abogado

cia, impongamos la primacía del espíritu para que el orden político exista, y se realice en lo temporal el bien común.

Ahí está el dilema: que se realice en lo temporal el bien común.

Los llamados pontificios, a través de *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*, tan silenciados en este país, por muchos católicos incluso, no pueden quedar en el terreno personal únicamente. Ninguna persona, ningún grupo de personas, por grandes que fueran su caridad y sus recursos, alcanzaría a materializar el ideal de ofrecer mayor acceso a la propiedad, o a reformar la empresa con un sentido de justicia, o a garantizar a los trabajadores un salario justo. Todo esto y tanto más que han estudiado junto a Oscar Larson, ¿cómo se logra si no es interviniendo en política?

“No bastan las *gotas de leche*”, comentará el mismo Frei, aludiendo a una institución muy respetable pero también muy insuficiente para paliar la desnutrición infantil en Chile.

No son gotas de leche: son normas, leyes, actos de gobierno. Obras.

Y en otro campo, a ellos, jóvenes, les ha hecho fuerte impacto el oscurantismo de la dictadura. Su corrupción. Su ineficacia. El retroceso que provoca en el país, y la mentira de las promesas: prosperidad, un Chile nuevo, justicia... A veces, las muchedumbres, “por ciertas ventajas rápidas, olvidan los beneficios de la libertad”, escribirá pronto Eduardo Frei; “por cierto orden aparente y violento, renuncian a sus derechos esenciales y sólo cuando éstos se pierden comprenden la enormidad del error cometido”.

Frente a ese riesgo, la única solución efectiva es "ir realmente a una democracia orgánica, es operar una verdadera revolución dentro de los marcos pacíficos", proclamará en 1934. E, insistiendo en el término, señalará como "revolucionaria" la misión de la juventud en estos tiempos. "La revolución" de que habla, sin odio ni atropellos, la "verdadera, la podemos hacer nosotros".

Y eso, o es político o no es.

Si Oscar Larson ha perdido formalmente este alegato, en lo profundo su derrota tiene algo de victorioso. Continuará acompañando y enseñando a sus amigos de la ANEC. Continuará existiendo la amistad que los vincula. Sus encuentros no van a interrumpirse por un largo tiempo. El hábito de pensar, aparentemente disuelto en la reciente oparquía ibañista, sobrevivirá en cada uno de los jóvenes a quienes don Oscar incitó e incita a desarrollar su inteligencia.

Ah, sí, al modo de Sócrates, es un buen "corruptor de la juventud".

Y a la inversa, la victoria que acaba de obtener don Rafael Luis Gumucio posee un hermoso cariz de "derrota": él conseguirá que este conjunto de muchachos brillantes trabaje junto a su partido, el Conservador, inyectándole una vitalidad que parecía haberlo abandonado.

Desde ese punto de vista, es suyo el triunfo sin lugar a dudas.

En el plazo más largo, no obstante, serán precisamente ellos quienes lo ganen a otra causa: la de la doctrina social de la Iglesia. En su inolvidable duelo con el asesor de la ANEC, Gumucio alcanzó a impacientarse un poco frente a la reiterada mención de las encíclicas sociales, que él cree restringidas a la conciencia de cada persona.

Terminará entendiendo que no es así, que no sólo son sociales en su tema, sino también en el campo de su aplicación. Más que entenderlo, lo hará propio. Será un social-cristiano, a través del diálogo entre él y su hijo y con los camaradas de su hijo.

Con sencillez característica, con esa devastadora franqueza suya, don

Rafael Luis recordará más tarde el proceso de su conversión al pensamiento social de la Iglesia, y los obstáculos que había: "Si en mis doctrinas políticas no he cambiado y he permanecido donde antes estaba", observará, "he cambiado en criterio social". Tras reconocer: "Yo era individualista" explicará: "A pesar de que nunca me preocuparon las cuestiones económico-sociales, era individualista cerrado, con la cerrazón del que poco sabe". Y era individualista, agregará, "por formación", "por tradición política". También "por cierta inclinación de analogía: partidario de las libertades políticas, me sentía arrastrado a serlo de las libertades económicas".

Inevitablemente, en la descripción de su antiguo escepticismo saltará el hombre cazarro a la palestra. Era individualista, además, "por antipatía a los predicadores de la llamada democracia cristiana", esa gente que, dentro del partido conservador, eran poco más que "habladores sin sinceridad" y que al formar "movimientos de democracia cristiana" lo hacían con una meta precisa y de muy corto aliento: "como plataforma para ser candidatos".

Por último, "lo era especialmente por ignorancia". Había leído de "mala gana" las encíclicas sociales de León XIII y de Pío XI por culpa de las abominables traducciones al castellano que logran convertir "en ilegibles los documentos pontificios". Si los leyó fue "para averiguar si mis ideas estaban o no condenadas", y se tranquilizó al no hallar "una condenación precisa en la confusa vaguedad de las frases".

Sin embargo, "me preocupaba una tensa inquietud" y por fin, estando gravemente enfermo, "me decidí a estudiar las encíclicas", ahora "con el propósito de averiguar lo que el Papa decía y deseaba, y aceptarlo ampliamente y con buena voluntad.

Será el triunfo sutil quizá, por interpositas personas, que ha de lograr la fina inteligencia de Oscar Larson después de su derrota.

21

"La autoridad no es legítima porque tiene la fuerza, ni porque representa a la mayoría, ni a una clase. Es legítima porque es necesaria al bien común, que no consiste en el predominio ni la estimación del que manda, sino en el pleno desenvolvimiento de la persona humana, de donde resulta que al intentar contra ella, pierde la autoridad su razón de ser..."

Eduardo Frei: 1940.

Muertos en la plaza

TERCER MOMENTO

Efraín García, que se define "nada más que un viejo falangista", recordará este día durante años. Lo llevará grabado, "no sé, como una foto, o como una película".

— De cuando en cuando, si aprieta fuerte la nostalgia, es igual que vivirlo de nuevo —va a decir—, ¿Sabe?, yo había conocido naranjo a Eduardo Frei, allá en Antofagasta, mientras él trabajó de periodista y yo era empleado en una compañía salitrera. Solíamos encontrarnos en las reuniones del partido, que eran muy chicas pero ¡por Dios, qué gloria! Las discusiones, los análisis... Eduardo Frei fue siempre... Cuesta explicarlo: deferente, cordial, y al mismo tiempo tan serio y ya tan sabio, que a uno le inspiraba una confianza enorme pero ninguna confianza.

Y hoy, lunes 28 de enero de 1946, Efraín García —que anda de paso por Santiago— ha hecho caso a una "tínca" y resolvió darse un gusto: después de cruzar por el interior del palacio presidencial, entra en el edificio del Ministerio de Obras Públicas, sube en el ascensor y recorre un piso, dos, tres, sin apurarse.

—Iba hasta oliendo los pasillos, y pensando: "Así que ésta es la oficina del camarada Eduardo Frei. Mire, pues".

Pensaba en cosas más serias, a partir de eso. Efraín García. No podía dejar de recordar lo débiles que solían sentirse aquellos primeros falangistas, aun en medio de su formidable entusiasmo. "No éramos nada, y casi nadie", y muchas veces lo más parecido a aceptación que recibían de los demás era algo muy próximo a la lástima.

—Nos trataban de "jóvenes idealistas", haciéndolo sonar casi como "jóvenes chiflados", o algo así. El summum de la amplitud era el reconocer que, además de idealismo, había talento en "este muchacho Frei", o este muchacho Garretón, o Tomic, Leighton, Palma..." Les reconocían la inteligencia y la "preparación", como se le llamaba entonces. ¿Capacidad, será? Pero, por supuesto, los consideraban de atrasito "tan teóricos". Ser "teóricos" era tener ideas claras y saber exponerlas.

Mientras recorre los pasillos del ministerio, Efraín García repasa en la memoria el trecho que ha avanzado la Falange desde la época en que era apenas una rama de la juventud conservadora. Después de vivir la vergüenza de la dictadura de Ibáñez, el caos político que ella provocó y que se desencadenó con su caída; después de palpar la miseria que se engendró en ese gobierno, los "muchachos idealistas" decidieron entrar en la vida pública, y entrar activamente.

—Nos movían el respeto a la ley, un amor desgarrado por la libertad y la conciencia de que en nuestras manos estaban los materiales de construcción, como quien dice, de un nuevo orden. El Orden Social Cristiano: lo decíamos con mayúsculas, tremendamente en serio. Y teníamos una fe también tremenda en las encíclicas sociales, que nos llegaban al alma y a la inteligencia al mismo tiempo.

En 1935 se organizó la Convención de la Juventud Conservadora. Recorrieron el país para invitar a centenares de jóvenes. Las reuniones fueron un acontecimiento que sacudió a los viejos dirigentes del partido. En algunos provocó cierta inquietud, quizá premonitória. En otros, una acogida cálida. Rafael Luis Gumucio y Horacio Walker no sólo aceptaban el desafío renovador, sino incluso lo invitaban: era un signo de vida.

— Yo no estuve: supe. Dicen que Manuel Garretón hablaba como un príncipe, elocuente y profundo. Eduardo Frei más sereno que la mayoría, ya buscando el equilibrio de lo justo. Ricardo Boizard arrebatava y se arrebatava con unos entusiasmos desaforados, sin término medio. Y el chico Leighton, generoso y talentoso. Y Nacho Palma... Había un formidable capital humano ahí, y uno pensaba que nadie podría pararnos.

Partieron con esa impresión, de tener en sus manos las llaves del futuro. Y hoy día, en esta tarde de verano de 1946, diez años después de los comienzos inciertos y "con muchas derrotas en el cuerpo", Efraín García tiene cierta cosquilleante sensación de que por algo Eduardo Frei llegó a este cargo de ministro, en un gobierno radical. De que algo indica el reconocimiento ya no teórico, ni simplemente generoso, del talento que abunda en la Falange.

— Alcancé a pensar: "¡Qué ganas de encontrarme, así, de paso, con el ministro, para decirle *Hola* no más y seguir mi camino!" Pero entonces, casi justo en ese momento, empezó a escucharse el tiroteo que venía desde



Días de turbulencia: un incidente en Santiago en la década del 50

la Plaza Bulnes, frente a la Moneda. Recuerdo que un par de secretarías se asustaron. "¿Qué pasa?", preguntaban, "¿qué fue eso?" Y alguien les contestó: "parece que es la concentración", y un grupo de gente se acercó a una de las ventanas...

No ha sido asunto sencillo la llegada del falangista Eduardo Frei hasta el ministerio de Obras Públicas bajo la presidencia del radical Juan Antonio Ríos. Ni fue sencillo, ni corto, el trayecto hecho por la propia Falange Nacional desde aquella triunfante Convención de la Juventud Conservadora, allá por 1935.

La Convención marcó un paso decisivo para muchos que luego iban a ser dirigentes, como Frei, Garretón, Palma, Sánchez, Tomic. Y también para los que, desde un trabajo silencioso aunque no menos tenaz,



cumplieron el papel de Efraín García en su rincón. “Todo partido necesita sus pegadores de carteles, sus instaladores de tribunas, sus repartidores de volantes. Y yo creo que también necesita sus creyentes, sus partícipes en el debate. Para qué hablar de sus votantes, además”.

Ya al término de las reuniones del año 35, Frei planteó con enorme claridad lo que se convertiría en la raíz del posterior conflicto: “La Juventud Católica ha entrado al Partido Conservador. Pero ha entrado en determinadas condiciones, lo que no significa que imponga condiciones, como en un combate. Ha entrado lealmente, sin renunciar a ninguna de sus ideas y a ninguna de sus esperanzas. Ha expresado ante los jefes del partido su pensamiento con absoluta claridad. Y posiblemente esté en desacuerdo, o más bien tenga sobre ciertas materias una mentalidad distinta a los jefes actuales. Ello es con-

veniente y debe ser así”.

E insistía Frei, en aquel artículo de 1935: “Nosotros somos profunda, auténticamente renovadores porque tenemos una idea del hombre y su destino total, absolutamente distinta a la tendencia materialista que predomina”.

En una segunda Convención de la Juventud, el año 1937, recordaría el propio Frei: “Como dijimos en octubre del 35, en el discurso de clausura, entramos al Partido Conservador con lealtad absoluta. Dijimos cuál era nuestra manera de pensar, sin engañar a nadie. Así fuimos aceptados. Este es un nuevo servicio que le presta este partido al país”, agregó. “Haber tenido comprensión y amplitud para ver la hora de Chile. Hemos entrado con ideas precisas y con una personalidad propia, absolutamente propia”.

Aunque en seguida habló de la unidad, el tiempo hará evidente que el viejo partido era incapaz, en ese instante, de rejuvenecer su espíritu para admitir en plenitud a los “jóvenes idealistas” que tanto énfasis ponían en las palabras “nuevo orden”, “social”, “absoluto”, y que tan duramente criticaban el materialismo.

Los preparativos de la elección presidencial de 1938 pusieron de manifiesto la discrepancia de fondo. Antes de que los organismos directivos se pronunciaran (¿y quizá para forzar el pronunciamiento?), comenzaron a hacerse públicas las adhesiones de connotados conservadores a la postulación de Gustavo Ross. Liberal en lo económico, derechista a ultranza, más que empresario hombre del mundo financiero, ministro de Hacienda durante la segunda administración de Arturo Alessandri, Ross gozaba de una fama que, justa o injustamente, lo hacía aparecer de lleno en uno de los dos extremos del materialismo condenado con tanta nitidez por los documentos pontificios.

La Falange, todavía dentro del Partido Conservador, se esforzó por evitar un respaldo que a sus miembros les parecía claudicación,

desde el punto de vista del ideario social católico. Incluso llegaron a proponer una quina para que la directiva escogiera entre esos nombres el del candidato del conservantismo.

El debate fue áspero. Una declaración recordaba "que estamos llevando al Partido Conservador una ideología bien definida, un programa concreto, métodos nuevos y, lo que es más fundamental, una mentalidad típicamente nuestra... En estas condiciones estamos dentro del Partido, y ningún falangista debe olvidar, ni por interés ni por contacto, esta actitud y esta mentalidad que representa".

Un hecho dramatizó las tensiones: a comienzos del año 1938, el gobierno de Alessandri requisó una edición de la revista *Topaze*. Para miles y miles de chilenos, y para muchos extranjeros, *Topaze* era símbolo vivo de la nueva voluntad civilista del país. Al hacer humor político sin tapujos ni temores, representaba la libertad de espíritu de un pueblo que encontraba en la democracia su medio natural. Y ahora, por un chiste que desagradaba a la autoridad, ésta retiraba una edición del semanario, sin recurrir para ello a tribunal alguno.

Bernardo Leighton, uno de los miembros de la Falange, era ministro del Trabajo. Presentó de inmediato la renuncia a su cargo. No cabía otra actitud en quien había madurado a la vida pública bajo una dictadura y en fuerte compromiso con la legalidad y las libertades ciudadanas. Pero fue él el único ministro conservador que juzgó necesario dar tal testimonio. La junta ejecutiva del partido reconoció el error que implicaba no acudir al poder judicial, si había habido falta por parte de *Topaze*. Nada más.

Fue una de las desilusiones que sufrieron los falangistas por esos días, frente al partido al que resolvieran ingresar hacía tan poco.

Las desilusiones serían mutuas, a no mucho andar. Después de algunos episodios y con fuertes tirantes, el conservantismo dio su respaldo a Gustavo Ross. La Falange, en uso de la autonomía que proclamaba

("autonomía no significa jamás separación, absoluta independencia, ni menos oposición y lucha entre el organismo autónomo y aquel respecto del cual se establece la autonomía"), resolvió desligarse de la obligación de apoyar a Ross, y dejó a sus miembros en libertad de acción para la campaña.

El 25 de octubre de ese año de 1938, Pedro Aguirre Cerda derrotaba por estrecho margen a Gustavo Ross: apenas 222.700 votos contra 218.609.

Para la derecha, era un desastre. Se daba casi por seguro el triunfo, hasta horas antes del recuento. Y se temía que Aguirre, apoyado por socialistas y comunistas, viniera a representar para Chile lo que la República había sido, según los derechistas chilenos, para España: el germen de una guerra civil. No faltaban los que esperaban que, al día siguiente de la elección, comenzaran las quemaduras de iglesias y las persecuciones de sacerdotes y monjas. El efecto en el interior del Partido Conservador fue previsible: mientras los jóvenes acusaban a los viejos dirigentes de apoyar una causa destinada al fracaso y ajena a las propias ideas, los dirigentes se endurecían ante lo que estimaban falta de lealtad de los falangistas.

Un intento de "reorganización" de la Falange provocó la ruptura definitiva.

Vinieron tiempos muy difíciles, que irían contituyéndose en la gran etapa de prueba para Leighton, Frei, Tomic y sus camaradas. Muchos de ellos se sintieron perseguidos por los conservadores, que les cerraban las puertas para ciertos cargos públicos o trataban de cerrarles el paso hacia el Senado, la Cámara de Diputados o, incluso, el cuerpo de regidores de los municipios.

— La enemistad dentro de una familia es una doble enemistad —reflexionará Efraín García—. Estábamos más lejos conservadores y falangistas que conservadores y liberales, o que falangistas y radicales. Y no a pesar de haber pertenecido al mismo partido y de haber compartido ideas, sino



La hora del triunfo: en 1964, ya Presidente electo

precisamente *por eso*. Se puede levantar otra bandera, pero queda el desgarró.

Sin el aparato partidario, sin la experiencia de organización electoral, sin una mínima infraestructura en las provincias, la Falange Nacional emprendió un camino muy cuesta arriba. Durante años, el simple pago de arriendo del local era una odisea, cuando no un imposible. Hubo ocasiones en que los miembros del nuevo grupo llegaban a su sede para una reunión y se encontraban con que no había agua, o electricidad, porque las cuentas de esos servicios no se habían cancelado.

Cuando Eduardo Frei asumió la presidencia del partido, en 1941, una de sus tareas fue la de sanear la situación económica y terminar con las deudas. Fue un esfuerzo de un año,

que exigió cuotas extraordinarias y sacrificios. Pedro Jesús Rodríguez y otros dirigentes pidieron préstamos personales para enfrentar la crisis.

En cuanto al gobierno del Frente Popular, la Falange adoptó una actitud de cierta distancia: respaldo en aquellas iniciativas que coincidieran con sus propios planteamientos, sobre todo en lo social; oposición en lo que representara cualquier asomo de amenaza para el pensamiento cristiano o para la Iglesia en cuanto institución.

Los temores de "una segunda España" fueron desvaneciéndose poco a poco, al transcurrir el tiempo. El arzobispo José María Caro, nombrado por el Vaticano en reemplazo de monseñor Horacio Campillo, buscó el entendimiento con las autoridades chilenas. Y lo obtuvo. Caro y Aguirre



Presidente Aguirre Cerda

eran hombres abiertos, de ánimo cordial, y no tardó el sacerdote en alcanzar una popularidad equivalente en su campo a aquella de que disfrutaba el político en el suyo.

Nuevo choque para la derecha chilena: el arzobispo mantenía excelentes relaciones con un Presidente de la República que además de ser ateo, radical y mason, era apoyado por comunistas y socialistas. En los infaltables círculos del pelambre se comenzó a hablar de que el prelado mismo era "un comunista con sotana", y muy pronto, conforme a una larga tradición que ni empezó ni terminó entonces, se emprendieron discretas gestiones para denunciarlo ante la Santa Sede y para conseguir un pronto cambio en el nombramiento.

Muchos católicos interpretaban su deber político con esa inflexibilidad. Nada con los enemigos de la fe. Nada con los no creyentes. Y, sobre todo, un antimarxismo absolutamente a ra-

jatabla.

Tal criterio no sólo afectaría al arzobispo Caro: también dificultó por años la labor de la Falange, desde el momento mismo en que reconoció como constitucional al gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Poco después de la elección de 1938, un general de tendencia derechista, quizá inspirado en el ejemplo de Franco, pretendió derribar al Presidente dando un golpe de Estado. La Falange se pronunció en forma categórica por la legalidad, contra el cuartelazo. Y también contra las secretas esperanzas de no pocos derechistas, que veían allí una salida a sus temores.

En el campo legislativo, la Falange actuó de manera semejante: apoyo a ciertos proyectos que juzgaba concordantes con su propia línea, oposición a otros, todo dentro de las normas del juego democrático. La oposición fue creciendo, a medida que los integrantes del Frente Popular de-



mostraban mayores divisiones internas y menor capacidad para cumplir su programa. Frei se constituyó en uno de los críticos más temibles, por la fundamentación con que analizaba la situaciones. Eso le ganaba respeto no sólo entre quienes compartían sus ideas, sino en otros ámbitos.

Era un camino cuesta arriba, ciertamente. Aludiendo a los falangistas, un viejo radical decía:

— Como buenos beatos, le tienen a la política un amor platónico. Pura palabra, y a la hora de los panqueques, nada.

Las elecciones parlamentarias de 1941 parecieron darle la razón. Mientras los radicales obtenían sobre noventa y ocho mil votos, los conservadores pasaban de los setenta y siete mil y los socialistas superaban los setenta y cinco mil, los falangistas apenas lograban algo más de quince mil, superados por los progresistas nacionales (53.144), los liberales

(63.118) y los democráticos de Chile (19.202).

En este camino cuesta arriba, el nombramiento de Eduardo Frei como ministro de Obras Públicas representa uno de los avances importantes. No mucho tiempo atrás, el mismo Frei ha criticado la política habitacional del Presidente de la República, que considera insuficiente ante la magnitud del déficit de viviendas. Claro, categórico, bien documentado, además de censurar lo que falta, apuntaba hacia una forma de solucionar el problema.

Y cuando Juan Antonio Ríos recogió el guante, invitándolo a emprender él la tarea, Frei aceptó. No representaba a una fuerza política considerable, pues en las elecciones parlamentarias de 1945, la Falange apenas si alcanzó un 2,57 por ciento de los votos. El mismo, como candidato, no había logrado llegar al Congreso; al revés, disminuyó en su votación con respecto a 1937. "Criado en la derrota", al igual que tantos de sus camaradas, Eduardo Frei no deja de sentir, sin embargo, la vocación del servicio público, y asume con entusiasmo las labores del ministerio.

Ha resultado ser uno de esos ministros-pesadilla para los burócratas: llega muy temprano y se retira tarde. Desde que asumió, en mayo del 45, ha ido recorriendo el territorio para formarse una idea directa de los problemas que habrá de enfrentar. Esto le permite elaborar un plan de construcción de obras (puentes y caminos) y uno de riego, que se desarrollará en veinticinco años y permitirá incorporar unas seiscientos mil hectáreas al cultivo.

Ese es el capital que la Falange aporta al gobierno de Juan Antonio Ríos: la capacidad personal de muchos de sus miembros. En cierta forma, viene a ser también la reivindicación de las enseñanzas de Oscar Larson y del énfasis que ponía en la necesidad de prepararse antes de actuar. Eduardo Frei se ha ido ganando un sólido aprecio como abogado, como profesor universitario y como in-

telectual. Autor de varios libros, los dedica a su gran eje de interés: el mejoramiento de la situación chilena aplicando a ella los criterios de la doctrina católica. La construcción de un orden social cristiano, capaz de abarcar a la sociedad entera y ofrecerle mejores perspectivas.

El Ministerio de Obras Públicas, que hoy recorre libre y ufano Efraín García, es tan buen escenario como cualquier otro sitio para ir demostrando que en Chile existen posibilidades. Para dar suelo firme a los sueños de prosperidad y de justicia. Eduardo Frei es categórico cada vez que aborda el tema, y se entusiasma: "Sí, somos un país pobre, pero no somos inevitablemente pobres. Ahí están los recursos materiales, desparramados sobre y bajo la tierra, esperando a esa formidable capacidad humana de nuestro pueblo para hacerlos rendir".

Pero, ¿qué podrán ser esos disparos, ahí en la plaza?

Esos disparos tendrán un eco importante en Chile y un eco decisivo acá, en el ministerio.

Desde hace ya un buen rato, respondiendo al llamado de la Confederación de Trabajadores, miles de hombres y mujeres han estado convergiendo sobre la Plaza Bulnes para manifestar su apoyo a la huelga que en el Norte mantienen los obreros de las plantas salitreras Humberstone y Mapocho. Se trata de una huelga que no cumple con los requisitos establecidos por la ley, y el gobierno ha resuelto enfrentarla con particular energía, negándose a reconocer el fuero sindical de quienes la impulsan. Incluso, días atrás, disolvió a las directivas.

Y esto ocurre en un clima nacional tenso. Juan Antonio Ríos, enfermo, ha debido pedir permiso constitucional, y lo reemplaza Alfredo Duhalde, con el título de Vicepresidente de la República. Se teme que Ríos no vuelva a ejercer, y al amparo de su dolencia, que parece irrecuperable, los rumores circulan con cierto subtono amenazador. ¿Golpe mili-

tar? ¿Subversión de izquierda?

En ese clima de inquietud han llegado los manifestantes hasta los alrededores del palacio presidencial, en esta tarde de verano, con el sol aún visible hacia el Oeste. Grupos de carabineros montados a caballo vigilan a la muchedumbre. De cuando en cuando obligan a una columna a desplazarse para dejar libre el tránsito por la Alameda y algunas de las calles laterales.

Hacia las siete de la tarde comienzan los discursos. Hay poco orden. Gritos. Los carabineros hacen maniobras envolventes, que causan inquietud. El diputado César Godoy Urrutia, hombre de ánimo exaltado, trata de lograr que "nos dejen tranquilos", y recuerda que posee fuero. El oficial de policía responde algo acerca del fuero, que no es muy respetuoso, y Godoy se lo cuenta a la gente sin ningún eufemismo.

Julio López, subsecretario provincial de la Confederación, protesta desde la tribuna porque se han disuelto los sindicatos de las plantas salitreras, y en eso está cuando de pronto, hacia el costado donde se encuentra el Ministerio de Defensa, se percibe un tumulto. Las versiones variarán después, sobre todo en cuanto a cómo principió el incidente. ¿Manifestantes agresivos? ¿Carabineros nerviosos?

En algún momento, un caballo resbala; un carabinero va a dar al suelo, en medio de la gente. Voces, movimiento agitado y, bruscamente, ese ruido seco, helador, de los tiros. Varias personas caen, y entre las detonaciones y en medio del olor de la pólvora, se escuchan gritos de dolor, de angustia, de ira. Y el desconcierto estalla:

— ¿Qué pasa?

— ¡Los pacos!

— ¡Corran!

No ha sido posible aún contar los muertos, pero ya circula el rumor de que hay muertos, y la indignación ocupa el lugar que tenía el miedo en muchos de los presentes. Y al cabo de un rato, cuando ya es posible tener



Cardenal José María Caro

alguna dimensión de lo ocurrido, César Godoy Urrutia avanza junto con el senador radical Florencio Guzmán y con el diputado Escobar, abriéndose paso entre la muchedumbre. Se dirigen al Ministerio de Obras Públicas, a entrevistarse con Eduardo Frei.

Aunque el gobierno es radical y dos de ellos lo son igualmente, no acuden ni al ministro del Interior, ni a otro miembro del gabinete que pertenezca al partido, sino a este joven falangista que trabaja hasta tarde y cuyo prestigio de hombre ponderado y sereno ha ido creciendo en el ambiente político. Efraín García se topa con la nerviosa comitiva mientras él, sin saber todavía muy bien lo que ha ocurrido allí fuera, sale de "la oficinita" de su camarada Frei.

— Se veían muy pálidos —comentará después—, furiosos. Y a uno me parece que le escuché decir: "¡Increíble!"

De algún modo, hasta hace un rato, estas cosas habían vuelto a ser increíbles en Chile. La democracia asentada durante la segunda admi-

nistración de Arturo Alessandri y en los gobiernos de Aguirre Cerda y Ríos, ha dado al país una tranquilidad real, que el hábito de años tiende a considerar como un cauce permanente. Sí, desde esa perspectiva, resulta increíble una matanza de civiles sin armas frente al palacio de La Moneda, por cuyo interior cualquier ciudadano puede circular sin obstáculo, y que muchos, como Efraín García, utilizan para acortar camino y transitar al amparo del sol, en días calurosos.

Mañana, los diarios "de orden" darán cuenta cautelosa de los hechos, mientras los "de izquierda" narrarán detalles dramáticos y hervirán de indignación. Costará entender lo que sucedió realmente, entre la suavidad y la furia. Y no va a ayudar en nada el informe del prefecto jefe de carabineros al juzgado militar. El prefecto alega que sus hombres fueron agredidos por la multitud, y añade: "De inmediato, la tropa hizo uso de sus armas repeliendo el ataque, sin existir para ello voz de mando alguna, sólo guiados por su instinto de defensa y dirigiendo sus disparos al aire y a los pies de los agresores".

No explica el prefecto jefe cómo, "por instinto" únicamente, la tropa decidió con tan rara unanimidad disparar sólo al aire y a los pies. Y menos aún aclara cómo esos disparos llegaron a causar la muerte de las personas que el mismo informe identifica: "Adolfo Roberto Lisboa Calderón, carnet 2.158.663, Santiago, muerto a bala. N.N., mujer de 25 años, traje floreado verde con blanco, agónica. N.N., hombre fallecido en la posta, se ignoran datos, muerto. Filomeno Chávez Villalobos, fallecido, llevado a la morgue, muerto. Flor Parra, se ignoran mayores datos, muerta. Alejandro Gutiérrez Alvarez, muerto".

Muy pronto irán sabiéndose "mayores datos" sobre esta "Flor Parra", cuyo nombre es en realidad Ramona. Era militante del Partido Comunista, trabajaba en el Laboratorio Recalcine, y la forma cómo ha

caído la convertirá en una mezcla de mártir y símbolo para aquellos que comparten sus ideas.

Mientras el diario socialista *Noticias de Última Hora* abunda en detalles sangrientos y dolorosos de la matanza, y *El Siglo*, comunista, se une a él y lo supera en el vigor de sus denuncias, *El Mercurio* se limitará a decir en su edición del martes:

"No habían pasado cinco minutos cuando sonaron algunos disparos en el sitio cercano al Ministerio de Defensa. Testigos presenciales del incidente nos refirieron que la cabalgadura de un carabinero resbaló en el pavimento, y que un grupo de manifestantes se fue encima del soldado, atacándolo de hecho. Los compañeros del caído corrieron en su defensa e hicieron disparos al aire. En ese instante, se produjo una enorme confusión que culminó con una descarga para amedrentar al público. Varias personas cayeron en esos momentos mientras el grueso de los manifestantes corría a buscar sitios de refugio".

Ni una palabra sobre los muertos, a quienes sólo se menciona en el informe policial, transcrito aparte. Los disparos al aire trajeron consecuencias humanas y políticas que habrían de repercutir por algún tiempo.

No es ni podía ser apacible la reunión del ministro de Obras Públicas con los parlamentarios. Frei se declara consternado, y hace un último esfuerzo por serenar los ánimos. A sugerencia suya, todos se trasladan al palacio de La Moneda, para inquirir datos con el ministro del Interior suplente, Joaquín Fernández.

Tampoco ésa es una conversación tranquila. Fernández sólo dispone de parte de los hechos. Irán conociéndose con irritante lentitud, mientras la discusión cobra intensidad. Seis muertos, todos civiles. Más de un centenar de heridos, casi todos también civiles. Y detrás y por debajo del episodio mismo, como una corriente subterránea, la voluntad gubernativa de actuar con mano dura.

— Siento más que nadie lo ocurrido —dirá con palpable exageración el

Vicepresidente de la República—, pero la situación es gravísima y el gobierno debe mantenerse con mano firme.

La Alianza Democrática, de la cual forma parte la Falange, junto con los partidos Radical, Democrático, Comunista y Socialista Auténtico, más la Confederación de Trabajadores de Chile, protestará por la represión y la censurará. Se producirán varias crisis políticas, debates en el Parlamento, acusaciones.

Pero hoy, en el momento mismo de enterarse de la real situación producida. Eduardo Frei presenta su renuncia al gabinete. No puede solidarizar con actos de violencia, y menos todavía con un espíritu de mal sabor autoritario que parece inspirar la Vicepresidencia de Duhalde.

En los días siguientes a la matanza, el ejército, la aviación y la marina permanecerán acuartelados, al igual que el cuerpo de carabineros. La Confederación de Trabajadores de Chile llamará a un paro nacional, que detendrá en forma casi completa las principales actividades del país. Por algún tiempo, la ola de rumores hará temer por la estabilidad democrática.

Lenta, la calma volverá.

Para Eduardo Frei y los falangistas, ésta habrá sido otra prueba de fuego. Literalmente. La renuncia, clara y sin matices, va a significar un retroceso en el camino político. Casi una vuelta a los comienzos. Con escasísimos parlamentarios, con no muchos electores en perspectiva, sin posibilidades de demostrar en la acción gubernativa de qué son capaces, los miembros de la Falange tendrán numerosos problemas que encarar.

No el de la duda.

— Nunca vacilé, y nunca me arrepéndí después —será la opinión de Frei—. Cualquier retroceso es menos grave que la claudicación respecto a los principios. Esos debían mantenerse, y aunque mi renuncia de entonces no causó demasiado revuelo, era indispensable, inexcusable.

(Viene de contratapa)

Y agrega: "Estos potentados son extraordinariamente poderosos, cuando dueños absolutos del dinero gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto..."

Este mismo Papa, para no citar otros ejemplos, intervino en lo que ahora llaman política contingente cuando en dos encíclicas famosas, *Non abbiamo bisogno* y *Mit brennender Sorge*, condenó, sin eufemismos, al fascismo y al nazismo.

Paulo VI fue igualmente directo y claro en *Populorum Progressio*.

Los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla con el Papa, y de acuerdo con los textos del Concilio, también usan un lenguaje que a nadie puede llamar a engaño o a equívocos. Dicen: "Reconocemos con dolor la presencia de muchos regímenes autoritarios y hasta opresivos en nuestro continente. Ellos constituyen uno de los más serios obstáculos para el pleno desarrollo de los derechos de la persona, de los grupos y de las mismas naciones". Y concluyen: "Es urgente liberar a nuestros pueblos del ídolo del poder absolutizado para lograr una convivencia social en justicia y libertad". (Puebla N°s. 500 y 502).

Es el propio Juan Pablo II, a quien se pretende presentar en contradicción con el cardenal Silva, el que sin ambigüedades afirma que "el pueblo es dueño de su propia suerte", y agrega que "este sentido

no llega a realizarse si, en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de la sociedad". (*Redemptor Hominis* N° 17).

En su discurso en la OEA cuando visitó EE.UU. podemos leer: "Si ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la Seguridad Nacional dieran como resultado el subyugar al Estado al hombre y sus derechos y dignidad, ellas cesarían, en la misma medida, de ser humanas..."

Y termina este acápite: "Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa: a medida que se va haciendo más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una rutina inminente".

El cardenal Silva Henríquez ha seguido este ejemplo. No es ni un científico ni un político. Su sabiduría viene del Espíritu, que con los años es más profunda y penetrante. Al tratar de ofenderlo y denigrarlo sólo conseguirán elevar su figura.

La gran obra de la Iglesia chilena y del cardenal ha consistido en trabajar en defensa de la verdad, la justicia, la libertad y la paz. Por eso lo atacan. Pero un inmenso número de chilenos lo comprenden y lo respetan.

(29 de abril de 1981)

PROXIMA SEMANA

¡Brilla el sol!

En sus "momentos" de la Vida del Presidente Eduardo Frei, el escritor Guillermo Blanco recuerda dos pasajes culminantes: la victoriosa campaña electoral de 1964 y el 4 de setiembre, cuando masivamente los chilenos lo consagraron como Jefe de Estado.



La vida de un demócrata

Serie de fascículos con la vida del Presidente Eduardo Frei.

Texto principal: "El hombre de la Patria Joven" de Guillermo Blanco.

DIRECTOR: ABRAHAM SANTIBAÑEZ

SUBDIRECTOR: HERNAN MILLAS

EDITOR: GUILLERMO BLANCO

FOTOGRAFIAS: Departamento de Fotografía y Centro de Documentación de Revista HOY.

DISEÑO GRAFICO: Departamento de Arte de HOY.

FOTOCOMPOSICION Y FOTOMECANICA: Area Gráfica - Editorial Araucaria.

GERENTE Y REPRESENTANTE LEGAL: FRANCISCO LARENAS B.

Enero de 1988

Impreso en Editorial Antártica S.A. que sólo actúa como impresora.